

V. Blasco Ibáñez
Caridad, no... ¡justicia!
(*El Pueblo*, 14-4-1905)

Para los reyes todos los días del año son de fiesta. ¡Hermoso oficio!...

A la misma hora que en Madrid trabajan todavía los albañiles, removiendo una montaña de escombros y arena, siempre esperando que el hierro de la pala o del pico tropiece con la espeluznante blandura del cadáver, S. M. Católica, con la alegre inconsciencia de los pocos años, asiste a las corridas de toros, pasa bajo arcos de triunfo, goza de las satisfacciones de este mundo, que es «el mejor de los mundos» de las abundancias y felicidades de esta nación, que es «la más dichosa de las naciones».

¡Pobres obreros! ¡Infelices bestias de carga que en la batalla por la vida caen obscuramente, sin nombre y sin gloria, sirviendo su sacrificio cuando más para el lustre y prosperidad de los privilegiados que cabalgan sobre ellos, dirigiéndolos a su antojo.

Sin los braceros no podrían existir la civilización, el progreso, ni aun la misma vida. Suprímase el sacerdote, el soldado, el gobernante, el mercader, y la humanidad seguirá subsistiendo en una o en otra forma. Que desaparezca el trabajador, y antes de dos años, una vez agotadas las reservas de la producción, desaparecería la humanidad, y la tierra deshabitada y yerma rodaría por el espacio fría y muerta como la luna.

Es el bracero la célula insignificante y mísera en apariencia, pero sin la cual la vida no puede subsistir. Que una pequeña cantidad de células se agiten con desordenado movimiento y el organismo enferma; que una gran parte se niegue a funcionar y sobreviene la muerte.

La sociedad trata a los obreros como ciertos pródigos de su cuerpo tratan a las células de su organismo. Olvidan sus necesidades, las atropellan con el egoísmo de sus caprichos, las desprecian por insignificantes y microscópicas, y cuando se presenta la dolencia como resultado de sus locuras, sienten tristeza y pretenden vencerla con tardíos e ineficaces remedios.

La hipocresía del mundo moderno, al cubrir la antigua ferocidad social con fórmulas de caridad cristiana, resulta irritante.

La sociedad primitiva era más brusca, más bárbara en sus manifestaciones, pero menos falsa, menos hipócrita.

Al esclavo o al siervo que perecía en su trabajo decíale a guisa de oración fúnebre:

—No has hecho más que cumplir tu destino. Nada te debo. Naciste para bestia de fatiga y mueres cumpliendo tu misión.

Hasta el dueño antiguo experimentaba un color más sincero que el patrono de hoy. El esclavo que moría era su propiedad, le costaba dinero, necesitaba de nuevos gastos para reemplazarle; mientras el señor de nuestros días, gracias a una libertad incompleta que equivale a un derecho a morir de hambre, puede encontrar cuantos hombres necesite, sin otro dispendio que unas cuantas pesetas de jornal.

La barbarie de la antigüedad era menos antipática que esta hipocresía llorona con que acogemos las catástrofes del trabajo.

Nos indignamos; la prensa suda cólera y afán de justicia; se exige responsabilidad a todo bicho viviente...; pero transcurre el tiempo, se olvidan las cosas; nuevos sucesos vienen a borrar los antiguos y el crimen queda impune.

«¡Pobrecitos!», exclaman las más altas personalidades de la nación ante los cadáveres despedazados para enternecer con su tono quejumbroso a la muchedumbre. Y al día siguiente se van de juerga, a paladear ruidosas diversiones, sin acordarse más de los tales pobrecitos.

«¡Queremos que se exijan responsabilidades! ¡Que vayan a presidio los culpables!», grita Madrid, preparándose a salir en manifestación. Pero el gobierno tuerce el gesto, considerando peligroso este derrotero de las gentes, y bastan unos cuantos tiros y sablazos para que la gente permanezca en sus casas y la gran masa de los obreros quede muda.

El público cree arreglarlo todo con la limosna. Los privilegiados de la sociedad acallan su conciencia con donativos de dinero; los periódicos organizan suscripciones, y la catástrofe del tercer depósito acabará en corridas de toros y funciones de teatro a beneficio de las familias de las víctimas...

¡Y hasta la próxima catástrofe!

Yo no censuro que se socorra a las familias de las víctimas; pero esto, con ser muy apreciable, resulta de un interés secundario. Lo que importa a la sociedad es evitar la repetición de estas desgracias, castigar a los que las provocaron con su ignorancia o su avaricia: y esto es lo que no se hace.

La catástrofe ocurrió porque se realizaban pruebas de resistencia de las bóvedas cargándolas con grandes masas de tierra. Esto de las pruebas está bien. Pero lo que resulta inaudito, y digno de un presidio, es que al mismo tiempo que las bóvedas estaban cargadas con un peso extraordinario, se hiciese trabajar a los obreros debajo de ellas.

¿No es absurdo dedicar toda la atención pública a las víctimas, a ejercer con sus familias la limosna, cuando lo más urgente es ejercer la justicia con sus verdugos?

Indigna la facilidad con que aquí aceptamos la desgracia.

Somos un pueblo que lleva en la médula cuatro siglos de envilecimiento católico, de adoración a los mendigos santificados, a los pordioseros celestes, y todo creemos arreglarlo con la limosna.

¿Creéis acallar los dolores del padre o de la viuda entregándoles unas cuantas pesetas a cambio de una vida amada?... No; lo que hay que hacer es prevenir, castigar, para que las catástrofes voluntarias no se repitan; imponer el respeto a la vida del pobre, que no porque esté en la miseria deja de ser hombre; exigir por la fuerza que la existencia del bracero sea tan sagrada y preciosa como la del rey o del millonario; evitar que otros padres pierdan sus hijos, que otras mujeres sean viudas y otros pequeñuelos inocentes queden huérfanos.

Yo detesto la caridad. Es el tapujo de las almas deformes, el calmante de las conciencias intranquilas, el velo que la injusticia pone ante los infelices para que no vean lo absurdo de la organización social. El privilegiado goza tranquilamente a costa de la inmensa masa de hombres desposeídos, y cuando estos se revuelven e inician una protesta, derrama sobre ellos las migajas de su bienestar, caprichosamente, sin equidad alguna, y mudando de posición, vuelve a reanudar su sueño feliz.

Es además la caridad la más egoísta y pobre de las virtudes. El loco poseído de demencia religiosa da lo que tiene con la esperanza de un cielo cuyas futuras dulzuras paladea con la imaginación. El sinvergüenza astuto que organiza la caridad sin creer en la otra vida, ve en aquella un medio como cualquiera otro de abrirse paso, de ser representante del país, de hacer que suene su nombre y lo repita la prensa con rimbombantes calificativos.

Hace mucho tiempo que la caridad está desacreditada por inútil. Ningún espíritu superior tiene fe en sus resultados. Es un remedio de curandero que nada cura. Lo más que puede pedírsela es que no resulte nociva.

Nada esperemos de ella. El mundo está ansioso de otra cosa: que a cada cual se le dé lo suyo, lo que le pertenece; el derecho al bienestar, el respeto a su vida.

La sociedad siente hambre y sed. Pero el pan y el agua para su vida no se compran con dinero. De nada sirve la limosna.

Es hambre y sed de justicia.